

Mi Pueblo

Abrí los ojos a la vida una noche de febrero con un gran nevazo, en una casa pequeña y humilde, donde no había lujos, pero no faltaba lo esencial: el amor y la comida. El pueblo se componía de unas cuantas casas pequeñas, donde la sencillez de sus gentes era entrañable. Era un bonito pueblo de la sierra, donde los veraneantes pasaban las vacaciones, y al cual los médicos de la ciudad los aconsejaban visitar por motivos de salud. En ninguna casa había sofá, ni televisión ni lavadora. Todo eso que ahora nos hace la vida más fácil, entonces no existía. No había coches, y un viejo autobús era el encargado de llevar a la gente a las dos capitales más cercanas. Avila y Madrid. Sus casas eran como ya he dicho pequeñas, tenían una entrada con su cantarera y el botijo donde tenían el agua, porque tampoco tenían grifos. Solían tener dos o tres habitaciones, donde sólo había una cama, una mesita de noche y con un armario que hubiera para todos en la habitación de los padres era suficiente. Llegamos a la estancia más importante; la cocina. Con una gran chimenea con sus morillos para apoyar los troncos que ardían. Los calzos que sujetaban los pucheros que cocían la comida a la lumbre. Las tenazas para agarrar los troncos, las teas para no quemarse y las trébedes para apoyar la sartén a la hora de freír y ¡cómo no! El fuelle para soplar la lumbre cuando los troncos eran verdes y les costaba arder.

Todas las familias tenían su cerdo al que alimentar con las patatas pequeñas que salían del huerto que todos poseían y que cocían en el hogueril de la lumbre. Era hermosos sentarse en un banco y con las manos en las rodillas mirar las llamas rojizas en pleno invierno, y soñar despierto con hadas, duendes, príncipes y princesas. Tratando de que no te diera directamente el calor del fuego en las piernas para evitar las cabrillas. Claro que sólo te calentabas por delante y por detrás te quedabas congelada.

En las camas antes de acostarnos, mamá metía una bolsa con agua caliente y era delicioso no tener preocupaciones, ni prisas, ni siquiera pensar, ni soñar con una vida mejor. Mamá con una palabra encantadora, para *ana* mujer maravillosa, llena de ternura y cariño para sus hijos y todos sus vecinos. Aunque hubiera podido elegir otra madre, yo siempre hubiera elegido la mía, porque era la mujer más buena que yo jamás conociera.

Toda la gente trabajaba en el campo, tenían sus huertos, sus viñas y algunos animales, como cerdos, gallinas, cabras, ovejas, muías y burros. Las gallinas andaban por las calles, y pegado a la casa estaba el gallinero donde ponían los huevos y dormían de noche. Los cerdos tenían su pocilga, con su corral para que les diera el sol. Como había que cebarlos, no tenían que andar mucho sueltos. En las cuerdas se metían las muías, los burros y los caballos.

En todas las casas o casi todas, cuando se hacía la matanza, se ponía lomo y chorizo en aceite, y eso se iba conduciendo un poco más. En las cocinas, a cada lado de la chimenea colgaban un jamón curándose y un lomo, además de morcillas, que las mujeres hacían artesanalmente, los chorizos y como no, el tocino adobado, la panceta salada, los huesos y la manteca. En un recipiente de barro se echaban patatas cocidas con todo lo que he nombrado antes, y estaba delicioso.

Del cerdo no desperdiciaba nada, incluso la morcilla extremeña que a mi menos me gusta. No dejo de reconocer que estaba deliciosa.

En las casas, el sobrao era una pieza fundamental, porque además de guardar lo que no usabas habitualmente, se extendían las patatas para todo el año. En saquitos no muy grandes se guardaban judías, lentejas y garbanzos. Todo aquello se había sembrado en el huerto y cuando lo recogían lo guardaban allí, además de cebollas, ajos, pimientos, guindillas... Los pimientos y guindillas se metían en vinagre de vino, que también hacía la gente del pueblo. En el sobrao además de todo lo anterior que he dicho que se guardaba, también se colgaban los racimos de uvas, o las extendían, para recrearse los ojos y disfrutar del paladar.

También la bodega jugaba un papel muy importante. En ella se pisaban las uvas con los pies descalzos y limpios. De ello, luego salía un excelente vino en el que no había productos químicos, todo era pureza en ese vino. Del cual presumían las gentes del pueblo cuando llegaba el verano y ofrecían un vasito de vino a algún visitante.

La trilla era en verano, se recogía la cosecha de trigo y al pasarlo por la trilla se desprendía el grano de la paja y ambas cosas servían. El trigo para harina y la paja para los animales. Era divertido. Los pequeños nos subíamos a la trilla y el burro tiraba de ella. Era como un juego que a todos los chicos y chicas nos gustaba.

Había un no muy limpio donde en verano íbamos a bañarnos y a pasar el día. Después hicieron una piscina natural en el mismo

rio, con su chiringuito en el que vendían refrescos.

Por las tardes en primavera, en un concurso resguardado del aire y el sol, se sentaban las vecinas a coser y a hacer ganchillo o punto. Las niñas nos sentábamos a su lado con las muñecas a hacer vestidos, mientras los chicos iban a pescar o a jugar al balón.

Todo era paz y tranquilidad.

En el último domingo de mayo se hacía la romería. Los jóvenes nos reuníamos en una casa que nos dejaban y hacíamos con algo de dinero que juntábamos cada uno, tortillas, flan, arroz con leche y leche frita. Se hacía limonada y nos íbamos al campo a pasar el día y por la tarde a bailar a la plaza.

San Miguel, es el patrón del pueblo y siempre se celebraba en la concordia de todos los vecinos. Ese día se estrenaba ropa nueva y era la que teníamos para los domingos del resto del año. Por las mañanas se iba al encierro, después a misa y por la tarde a la corrida. Después de la corrida cada uno se iba a cenar y luego a la verbena a bailar. Las bodas que se hacían, se invitaba a todo el pueblo y cuando se salía de la iglesia se cantaba la ronda por las calles céntricas. Luego el banquete se hacía en el salón de los marines que era el único sitio grande. Las mujeres más mayores hacían la comida, los bollos... Y todos nos lo pasábamos en grande. Al final del día terminábamos todos bailando la jota.

Cuando un chico se hacía novio de una chica del pueblo, los chicos le pedían la ronda, que era invitarles en el bar a una copa. Si el chico no tenía dinero o no quería pagar la ronda le cogían entre unos cuantos chicos y le echaban al pilón, al que pagaba la ronda le dejaban seguir su relación.

Cuando llegaba la Nochebuena, había una tradición que también se ha extinguido. Se juntaban los matrimonios que hicieran diez años de casados y se les decía primera y segunda cuartilla de enterradores. La primera cuartilla estaba los seis primeros meses del año y tenían que ir a todos los entierros. Sacaban al muerto de la casa hasta la iglesia y de ahí al cementerio. Allí le metían en el nicho. Luego los familiares más allegados daban un dinero que ellos gastaban alegremente, ese era su cometido. Luego entregaban a la segunda cuadrilla que estaban los últimos seis meses del año, en Nochebuena, como os iba contando, se reunían a primera hora de la mañana y cantaban villancicos, pedían el aguinaldo en todas las casas del pueblo. Luego el resto de la vida se llamaban compañeros. Los niños del pueblo también pedíamos aguinaldo. Nos daban higos, naranjas... Cada uno daba lo que podía.

Como no quiero omitir ninguna otra tradición, os cuento la de la vaquilla. El día de Nochevieja, los mozos que iban a hacer la mili al año siguiente, el año anterior rondaban la vaquilla. El primer día que se reunían era en Nochevieja. Hacían una gran hoguera y rondaban toda la noche sin parar de beber. Las amigas y novias de ellos, hacían una vaquilla con cuernos, cencerro, un saco y la adornaban con flores y el 20 de enero iban a todas las casas del pueblo pidiendo la multa. Incluso a las mozas que se encontraban si ibas a comprar, les dabas el dinero que llevabas. No solía ser mucho. En las casas que sabían que había mozas, se metían a buscarlas, aunque normalmente no estaban, y si estaban, estaban bien escondidas.

Creo que os he contado todas las cosas buenas de mi pueblo, pero lo que no os he dicho aún es como se llama. Se llama Hoyo de Pinares. Situado en un hoyo y rodeado de pinos, Un paisaje bien hermoso, que cualquier pintor se sentiría orgulloso de plasmar en un lienzo.

Os he contado todas las cosas buenas de mi pueblo, ahora vienen las menos buenas y las malas. Como os he dicho o habréis podido suponer, yo amo a mi pueblo, pero mi pueblo no es mi pueblo, os explico por qué.

Antes la gente se dedicaba a trabajar y nadie tenía ganas, ni tiempo de criticar al vecino. Cada uno vivía sin molestar a nadie y respetando a los demás. Sin grandes pretensiones de acaudalarse, ni de ser más que nadie, porque en realidad cada uno es como es y nadie te va a cambiar, a menos que tú quieras.

El pueblo ha ido creciendo y alguna gente se fue a otros lugares, pero han venido otros y ya nada es igual, ahora las casas son grandes y parecen de señores acaudalados. Yo no digo que la gente no prospere, sino que nunca debemos olvidarnos de nuestras raíces y siempre debemos un respeto a los demás, porque nadie conocemos la vida de nadie y porque se aburren de estar todo el día en casa metidos. Cuando se juntaban tres o cuatro, pobre de quien cojan por medio. ¡Qué Dios le coja confesado! Seguro que si estuvieran haciendo algo útil, no tendrían tiempo de estar haciendo daño, sin motivos, ni razones. Sólo porque no se es igual a ellos, por no querer participar en ese rollo malsano, que es el cotilleo.

Las tradiciones también han ido perdiéndose. El río está sucio y ya no tiene piscina natural. Los pinos se han cortado. Las fuentes se van secando y el campo está perdido. Y no hay gallinas por las calles, no hay cerdos, no quedan burros ni muías. Lo han cambiado todo por los coches de lujo, la comida prefabricada. Las caras sonrientes por las caras de tedio, las zapatillas y albarcas por los zapatos de tacón. Sigo amando a mi pueblo, pero ya no me gusta la gente que vive en él.

M.M.

